

## LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS O EL DESVELO DE LA RAZÓN

*Karen Poe Lang\**

Han pasado cien años desde la primera publicación de *La interpretación de los sueños*, obra que Freud siempre estimó profundamente a tal punto que, en el prólogo a la tercera edición inglesa dijo: “Un insight como este no nos cabe en suerte sino una sola vez en la vida”.

Quisiera, en este escrito, recordar ¿y por qué no? conmemorar ese insight y hacer una invitación a situarnos en el lagunoso terreno donde se entretejen la memoria y el olvido.

En una época que privilegia el consumo compulsivo de productos desechables y en la cual el eterno retorno de lo nuevo casi ha adquirido el rango de categoría estética, recordar parece haberse convertido en un acto marginal, subversivo. Basta con escuchar a ciertos abanderados de la democracia que han lanzado la consigna “piadosa” de olvidar los crímenes de la dictadura chilena, para observar cómo la memoria puede convertirse en un acto de resistencia.

Quizá sea una tarea insoslayable -que excede los límites de este trabajo- reflexionar desde nuestra condición de latinoamericanos -es decir desde la periferia del orden del mundo- la teoría del inconsciente freudiano. Mi propósito es mucho más modesto y no apunta en esa dirección.

Para regresar al tema propuesto me voy a permitir remontarme brevemente a mi primer encuentro con *La interpretación de los sueños*, texto que leí hace más de quince años, frente al mar. Recuerdo que el mar Caribe, inmenso detrás de un ventanal, constituía ese intervalo necesario entre la lectura y la reflexión (y es que *La interpretación...* es un libro que nos obliga a leer levantando la cabeza). Pero lo que quisiera retener a lo largo de mi exposición es ese movimiento - en lo que guarda de corporal- de vaivén, de intermitencia y ¿por qué no?, de fort/da, como si, por intermedio de un genio maligno, la lecto-escritura del texto fuera isomórfica respecto de la economía pulsional de la que intenta dar cuenta.

Para muchos estudiosos de la obra freudiana *La interpretación de los sueños* es el primer libro verdaderamente psicoanalítico de Freud y para algunos incluso representa un corte en relación con sus teorizaciones anteriores. Esta es la postura de James Strachey (1987: 158) en su nota introductoria al artículo de Freud de 1915 *Lo inconsciente*. Lo cito textualmente:

---

\* Profesora de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica.

“(…) Pocos años más tarde, en *La interpretación de los sueños* (1900), había ocurrido una extraña transformación: no sólo desapareció por completo la explicación neurológica de la psicología, sino que buena parte de lo que Freud escribiera en el Proyecto en términos del sistema nervioso resultaba ser ahora válido, y mucho más inteligible, al traducírsele a términos anímicos. El inconsciente quedó, de tal modo, establecido de una vez para siempre. Lo que hizo en el capítulo VII de *La Interpretación de los sueños* [fue mostrar], por primera vez, cómo era el inconsciente, cómo trabajaba, cómo difería de otras partes de la psique y cuáles eran sus relaciones recíprocas con ellas.”

Más allá del tema problemático de considerar si efectivamente *La interpretación...* establece o no un corte con la producción anterior de Freud o de intentar situar este libro dentro de su devenir, me interesa recoger de las palabras de Strachey el señalamiento de la emergencia primordial del inconsciente (sea como concepto, como proceso o aún como mecanismo que impulsa la propia escritura de Freud) en el itinerario de la teorización freudiana.

Mi propósito, lejano a cualquier afán de originalidad, consiste entonces en recordar la importancia de este acontecimiento capital: el advenimiento del inconsciente en la teorización freudiana, como espacio de lo incognoscible, como fuerza impulsora, pero también como límite del trabajo intelectual de Freud, en tanto albergue de la pulsión de muerte y la compulsión de repetición. En el horizonte de mi argumentación estará el propósito de pensar las posibles repercusiones del planteamiento freudiano para aquellos campos del saber esencialmente preocupados por la relación del sentido con el sin sentido, como por ejemplo la desconstrucción y la semiología.

Me gustaría comenzar precisamente a partir del último apartado del capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, subtulado por Freud: “*Lo inconsciente y la conciencia. La realidad*”(1). A primera vista resalta la forma de ordenar estos tres elementos en la cadena discursiva, donde lo inconsciente precede a la conciencia y la realidad aparece al final separada por un punto y seguido. Freud (1900: 600) después de citar a Lipps, dice que por fin lo inconsciente ha ocupado el lugar que le corresponde:

“ ... Lo inconsciente es el círculo más vasto, que incluye en sí al círculo más pequeño de lo consciente; todo lo consciente tiene una etapa previa inconsciente, mientras que lo inconsciente puede persistir en esa etapa y, no obstante, reclamar para sí el valor íntegro de una operación psíquica. Lo inconsciente es lo psíquico verdaderamente real ...”

¿Cómo podemos leer después de cien años este párrafo de Freud? ¿Cómo descifrar esta primacía temporal, espacial y funcional del proceso primario?. Y, más aún, ¿cómo medir el ínfimo papel de *órgano sensorial para la percepción de cualidades psíquicas* que otorga a la conciencia, unas páginas más adelante?. ¿Qué significado puede tener este desplazamiento radical para una teoría de la lectura, para cualquier empresa de carácter semiótico e, incluso, para el concepto mismo de análisis?.

Tomaré como punto de partida los planteamientos de dos teóricos, aparentemente disímiles: Paul-Laurent Assoun y Jacques Derrida. Con el primero intentaré abordar el problema de la constitución de la racionalidad freudiana en la tensa relación con su objeto: el inconsciente. Con el segundo, el recorrido será a la inversa, pues trataré de establecer algunas de las implicaciones del descubrimiento freudiano (del inconsciente en tanto albergue de la compulsión de repetición) para la reflexión en torno de los alcances y, sobre todo, los límites de la racionalidad.

### **La otra noche de la razón**

En Introducción a la epistemología freudiana, Paul-Laurent Assoun señala el carácter paradójico de la postura epistemológica de Freud, que se asume como una ciencia natural de lo incognoscible, es decir del inconsciente. Según el mencionado autor, naturalismo y hermenéutica están unidos en Freud como un mismo lenguaje para conformar lo que denomina la identidad freudiana. Lo cito textualmente (1982: 26):

“Es cierto que en el centro del freudismo hay una problemática energética y una teoría del sentido. Pero Freud nunca se presentó como sintetizador de la energía y del sentido. Es más ... nunca separó el destino de su problemática energética y de su teoría del sentido. Freud no se pasea de una a otra tratando de mantenerlas juntas, y lográndolo más o menos bien: ¡Nunca las separó una de otra! “

Habría que leer, entonces, la identidad epistemológica freudiana como un devenir incansable, cruzado por una racionalidad contradictoria que se resiste a una síntesis pacificadora, es decir, a una solución dialéctica pero que, por otra parte, no evade el problema de la relación entre pulsión y representación, sino que hace de éste el centro de su discurrir.

Pero Paul-Laurent Assoun va aún más allá al señalar una ambigüedad fecunda que apunta a un problema estructural de la racionalidad freudiana, la cual

estaría alimentada por lo imaginario (entendido en este contexto como trabajo habitual del inconsciente). Es preciso detenerse en este problema. Cito textualmente(1982: 90):

“El procesamiento teórico se alimentaría, pues, de una lógica del inconsciente homóloga cuya raíz común sería el Phantasieren... Todo sucede como si Freud hubiera evitado el doble escollo del racionalismo autonomizador de la ratio y del irracionalismo que disipa la teoría en ficción fantasmática, al señalar, en la actividad teórica, una modalidad original de Phantasieren.”

Según el mencionado autor, la problemática del Phantasieren freudiano se manifiesta prematuramente ya que, en una carta a Fliess de 1895, Freud menciona ya este procedimiento:

“Durante estas últimas semanas, he dedicado a ese trabajo cada uno de mis minutos libres. Todas las noches entre las 11 y las 2, no he hecho más que imaginar (Phan-tasieren), transponer (Übersetzen), adivinar (Erraten) — y sólo me detenía cuando me topaba con una absurdidad o cuando ya no podía más—  
.”

Extraña vía de darle “libre curso” al Phantasieren, circunscribiéndolo dentro de un horario nocturno que encierra el acabamiento de un día y el nacimiento de otro. En este vértice del tiempo, Freud se permite errar, trasponer (es decir, ligar aspectos que pertenecen a registros heterogéneos) e inclusive, adivinar. Pero lo que más llama la atención, es este señalamiento temprano de un límite, *toparse con una absurdidad*, que antecede, quizás, a ese topos inaccesible que emergerá en *La interpretación de los sueños*, en la proposición del ombligo del sueño. Abandonemos este punto por ahora.

Como señala Paul-Laurent Assoun, no será hasta 1920 -cuando se establece la idea de pulsión de muerte- que el concepto metapsicológico de Phantasieren alcanza su cumbre funcional. Observemos un fragmento de *Más allá del principio de placer* (1920: 57-58):

“...Es plenamente lícito entregarse a una argumentación, perseguirla hasta donde lleve, sólo por curiosidad científica o, si se quiere, como un advocatus diaboli que no por eso ha entregado su alma al diablo... Como quiera que fuese, sólo es posible llevar hasta el final esta idea combinando varias veces, en sucesión, lo fáctico con lo meramente excogitado, lo cual nos aleja mucho de la observación. Se sabe que el resultado final será tanto menos confiable cuantas más veces se haga eso mientras se edifica una teoría, pero el grado de incerteza no es indicable. Puede que se haya llegado a puerto felizmente, o que poco a poco se haya caído en el error. Para tales trabajos, no confío mucho en

la llamada intuición; lo que de ella he visto, me parece más bien el logro de una cierta imparcialidad del intelecto. Solo que, por desdicha, rara vez se es imparcial cuando se trata de las cosas últimas, de los grandes problemas de la ciencia y de la vida”.

Es necesario subrayar el lugar que ocupa este fragmento en el texto. Freud acaba de interrumpir abruptamente su argumentación en torno a la problemática de la pulsión de muerte y dice que es necesario agregar algunas palabras de reflexión crítica, desplazándose desde el lenguaje de la biología -que venía utilizando- hasta ubicarse en el discurso metapsicológico. A continuación dice que ni siquiera él mismo está convencido de las hipótesis desarrolladas y que por lo tanto no le pedirá a sus lectores que crean en ellas, para agregar más adelante que, en todo caso, nada tiene que hacer aquí el factor afectivo del convencimiento. Entonces, ¿qué es lo que sí tiene que ver? Aparentemente, lo que sí tendría que ver, es cosa del demonio, pues Freud asume la defensa de la teorización de la pulsión de muerte —estas son sus palabras— como abogado del diablo. (Recordemos que ya Freud había establecido esta relación entre el deseo, lo inconsciente y lo demoníaco en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños*).<sup>(2)</sup>

Freud rechaza enfáticamente el papel que podría tomar lo afectivo, incluso critica abiertamente la importancia de la intuición, para darle cabida a una vía de invención especulativa que le permite continuar el curso del pensamiento, sin saber muy bien hacia donde va, en materias en las que se está condenado a errar o acertar.

Este abogado del diablo nos llevará de la mano a un último texto de Freud que quisiera comentar.

En *Análisis terminable e interminable* Freud, en una clara alusión al Fausto de Goethe, invoca a la bruja, la bruja metapsicología, antes de introducir, nuevamente, en forma de lapsus, el Phantesieren, esta vez, ligado a la especulación y la teorización. Estas son sus palabras (1937: 228): “*Sin un especular y un teorizar metapsicológicos -a punto estuve de decir: fantasear- no se da aquí un solo paso adelante*”.

No parece para nada casual que sea precisamente en este artículo de 1937 en donde Freud se vea llevado a invocar a la bruja y a recurrir nuevamente al phantasieren. Recordemos que *Análisis terminable e interminable* es uno de los últimos escritos psicoanalíticos de Freud, y que en este, con un halo de pesimismo, el creador del psicoanálisis cuestiona la eficacia terapéutica de su

invento. Y precisamente será, una vez más, ante la indestructibilidad de la pulsión de muerte, que el psicoanálisis se ve obligado a detenerse. Uno se siente tentado a preguntarse ¿no será acaso éste el límite de todo análisis, más allá de la especificidad del (pisco) análisis y de sus implicaciones terapéuticas? Espero desarrollar este punto en el próximo apartado. Por ahora quisiera terminar dándole a palabra, una vez más, a Paul-Laurent Assoun (1982: 92):

“Entre la figura de la pasión y la de la desesperanza, sentimos que surge, en el meollo mismo de la racionalidad (de Freud), el poder del deseo, libido sciendi, forma de la actividad fantasmática-racional.”

### **El sabor amargo del saber**

La otra vía que quisiera abordar se deriva de los planteamientos de Jacques Derrida en su artículo Resistencias. Mi deseo es, sobre-todo, recobrar las preguntas que él plantea.

Este autor se propone introducir “al psi-coanálisis”(3) en el debate contemporáneo y en la controversia en torno al sentido y a los límites de la razón. A partir de una problematización del lugar que éste ocupa en una historia de la razón occidental, Derrida señala que el acontecimiento del psicoanálisis ha sido el advenimiento de otro concepto de análisis, o incluso la puesta en abismo del concepto tradicional de análisis y de su forma de proceder.

Su hipótesis es que la posición analítica del psicoanálisis es paradójica ya que no tiene y quizás lo más grave, no puede tener un concepto unificado de resistencia pues, como el mismo Freud anota en los Addenda a Inhibición, síntoma y angustia (1926: 149- 50), la última resistencia que debe vencer el análisis proviene del ello y es la compulsión de repetición, en tanto resistencia del inconsciente a secas. Freud llega incluso a proponer el término de reelaboración, como el trabajoso empeño por superar el poder de la compulsión de repetición y declara que aún no ha obtenido un panorama completo de las resistencias con que se topa en el análisis.

Extrañamente, la obra freudiana llevará a Derrida a comprometerse con un itinerario que desemboca en el mismo puerto que el de Paul-Laurent Assoun. La interpretación de los sueños lo guiará inevitablemente hasta la pendiente de Más allá del principio de placer. Establezcamos los puntos medulares de este recorrido, o más bien de este juego, pues como veremos, la lectura derridiana se deja enredar, danza al ritmo de un cierto vai-vén que le impone el texto freudiano.

Derrida comienza su argumentación señalando una nota al pie de página en la interpretación del sueño de la inyección a Irma (4). Lo cito textualmente (1997: 16):

“...Cuando habla del ombligo del sueño, a propósito del ‘sueño de la inyección a Irma’, Freud confiesa un sentimiento, un presentimiento (Ich ahne, dice)... De modo que Freud presiente que algo excede al análisis. La interpretación, el desciframiento analítico, la Deutung de ese fragmento no ha ido lo bastante lejos: un sentido oculto excede al análisis...”

En este primer momento en que el ombligo del sueño aparece todavía en los márgenes del texto -en tanto nota al pie de página- Derrida (1997: 17) observa que:

“En esta nota, Freud parece no dudar ni un instante: esa cosa oculta tiene sentido... En otras palabras, por el momento el secreto se niega al análisis, pero, en tanto que sentido, es analizable, es homogéneo con el orden de lo analizable. Está en el ámbito de la razón psicoanalítica”. (subrayado en el original).

La lectura derridiana de esta nota al pie de Freud es -a mi entender- una puesta en acto y quizás un señalamiento de un problema fundamental en el planteamiento del ombligo del sueño de Freud. A manera de juego, unas páginas adelante, Derrida hace una segunda lectura, de la misma nota al pie, pero esta vez llega a conclusiones que están en franca oposición con su primera interpretación, como si el sentido de este fragmento no fuera idéntico a sí mismo. Observemos la argumentación de Derrida (1997: 25):

“Esta vez, esa proposición ya no se refiere en absoluto a un límite provisional, una reserva de sentido en espera, sino a una noche, a un desconocido absoluto, originaria, congénitamente ligado (pero también desligado en sí, puesto que absoluto) a la esencia del nacimiento del sueño, atado a un lugar del que éste parte y del que conserva la marca de nacimiento: el ombligo... Y la proposición general de que todo sueño, siempre, lleva en sí por lo menos un lugar, un topos marcado que lo sitúa como: impenetrable, insondable, inexplorable, inanalizable, como un ombligo, un omphalos”. (subrayados en el original).

Entonces la nota de marras puede leerse, según el juego Derridiano, por lo menos en dos sentidos:

1. Freud no duda respecto de que lo oculto tiene sentido y, simultáneamente.

2. Eso oculto constituye una noche, un abismo insondable, lo desconocido absoluto.

(Quizás esta sea en parte la causa de la oscilación de la traducción de ese fragmento, por lo menos al castellano. Los traductores han vertido el término alemán *Unerkannten* como lo incognoscible, pero también como lo no conocido.)

Derrida, luego de este juego, se desplaza unas 100 páginas, hasta el capítulo VII de *La interpretación...* donde la proposición del ombligo del sueño es retomada por Freud (1900: 519) esta vez en el cuerpo central del texto:

“Aún en los sueños mejor interpretados es preciso a menudo dejar un lugar en sombras, porque en la interpretación se observa que de ahí arranca una madeja de pensamientos oníricos que no se deja desenredar, pero que tampoco han hecho otras contribuciones al contenido del sueño. Entonces ese es el ombligo del sueño, el lugar en que él se asienta en lo no conocido. Los pensamientos oníricos con que nos topamos a raíz de la interpretación tienen que permanecer sin clausura alguna y desbordar en todas las direcciones dentro de la enmarañada red de nuestro mundo de pensamientos. Y desde el lugar más espeso de ese tejido se eleva luego el deseo del sueño como el hongo de su micelio”.

La introducción del deseo en la proposición del ombligo del sueño vendrá a complicar irremediablemente el problema del sentido y de su posible análisis. Derrida abre, entonces, dos vías posibles de lectura. Este lugar de origen del deseo podría ser un límite provisional del análisis -en tanto alberga la esperanza de un análisis que no cesa de avanzar sobre la oscuridad inicial a medida que levanta resistencias- o, por el contrario, este límite del análisis está ligado, de manera irreductible y ahistórica, a una especie de fatalismo del deseo, que cuenta con una parte de sombra y sitúa lo inanalizable como su recurso propio.

El lugar de origen del deseo, lugar de lo demoníaco, como señalará Freud unas páginas más adelante (ver nota 2) es, precisamente, el lugar donde el análisis tiene que permanecer sin clausura. El análisis ¿no debe o no puede proseguir? Este topos irreductible es el hogar de la resistencia de las resistencias, ante la cual, según Derrida, *el psicoanálisis freudiano encontró a la vez su recurso y su límite: la compulsión de repetición*.

La compulsión de repetición, en tanto resistencia no identificable, (¿heterogénea en relación con el orden del sentido?) volvería imposible la posición analítica. El psicoanálisis sería, entonces, una puesta en obra y un cuestionamiento radical del principio mismo de análisis.

Derrida termina anotando (1997: 53) que:

“No hay nada de fortuito en el hecho de que las apuestas más decisivas y más difíciles entre el psicoanálisis y la desconstrucción hayan tomado una forma relativamente organizada en torno a la cuestión de la compulsión de repetición.”

Habría que dar cabida en la historia de la racionalidad occidental (preocupada por dar razón del sentido formulando interrogantes de origen, volviendo a lo elemental, descomponiendo y derivando) a lo que un psicoanálisis atento a la compulsión de repetición nos habría enseñado, a saber que: el análisis es interminable porque todo elemento es divisible al infinito y, además, porque no hay origen simple.

Cuando Freud ubica el aporte del psicoanálisis en la historia del pensamiento occidental como una tercera etapa cuyos antecesores son Copérnico y Darwin, está señalando su filiación con la idea del progreso científico y la capacidad de la razón para desentrañar lo desconocido, pero en un mismo movimiento, esto que sería reafirmado es también desplazado. Pues esta tercera etapa en la historia del pensamiento, que tendría como eje el inconsciente, se introduce como una fisura que desestabiliza el optimismo y la fe en la capacidad ilimitada de la racionalidad para comprender y explicar. Como señala Paul-Laurent Assoun (1982: 209):

“... Freud le trae al hombre un evangelio muy modesto, designándole las carencias, añadiéndole una carencia decisiva e invitándolo a meditar la nueva de ya no tener que buscarse fuera de ese infinito local que es la pulsión, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna; mejor aún: que demuestra que ya no hay ni centro ni circunferencia.”

Quizá lo que se inaugura con La interpretación de los sueños y su puesta en acto del inconsciente sea ese desvelo, en su sentido de insomnio, pero también, de esfuerzo, de trabajo obstinado de la razón que, -sin evadir el enfrentamiento con el principio sin principio de la compulsión de repetición- intenta ir más allá de los límites de la racionalidad científica.

## Notas

1. Todas las citas de Freud son tomadas de *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979. En el desarrollo de nuestro texto, consignamos entre paréntesis el año de publicación original en alemán.

2. "... el respeto de que el sueño gozó en los pueblos antiguos es un homenaje, fundado en una intuición psicológica correcta, a lo indomeñado y a lo indestructible contenido en el alma del hombre, a lo demoníaco, eso que engendra el deseo onírico y eso que nosotros reencontramos en nuestro inconsciente" (1900: 602) (subrayado en el original) Curiosamente, Freud recalca, en el párrafo siguiente, que ha dicho nuestro inconsciente, para indicar que su concepto no coincide con el de los filósofos, ya que para él: "lo inconsciente -por ende lo psíquico- ocurre como función de dos sistemas separados y eso ya sucede dentro de la vida normal del alma." Señalamiento fundamental, realizado por Freud desde el espacio de la enunciación del texto, donde se incluye como sujeto del deseo (engendrado por lo demoníaco) en la problemática onírica que está investigando.

3. Derrida escribe "el psicoanálisis" entre comillas para señalar lo incierto, lo dudoso, de semejante identidad.

4. Observemos la nota: "Sospecho que la interpretación de este fragmento no avanzó lo suficiente para desentrañar todo su sentido oculto. Si quisiera proseguir la comparación de las tres mujeres, me llevaría muy lejos. -Todo sueño tiene por lo menos un lugar en el cual es insondable, un ombligo por el que se conecta con lo no conocido." (1900: 132) Derrida hace un llamado a observar la puntuación de Freud en este pasaje, para recalcar que un punto seguido de un guión indica que se cambia de orden y de plan.